

SOMOS ROMANOS

III Cosas de Casa

Las casas y los apartamentos, muebles y electrodomésticos, la invención de los SMS.

-Hogar es donde está tu corazón.-
Plinio el viejo, siglo I D.C.

-Bienvenido a la República independiente de tu casa.-
IKEA, siglo XXI

La casa, del latín *Domus*, también es el hogar de muchos recuerdos de lo romanos que somos. Para empezar por algún sitio, la misma palabra “doméstico” (*Domesticus*) quiere decir directa y etimológicamente “de la casa”, por eso, cuando “domesticamos” un animalillo, lo que conseguimos es, propiamente hablando, hacerlo -de la casa-. Aunque cuando sean cachorros insistan en hacerse pis por toda la *Idem*. En fin, si tenemos dinero (del latín *Denarius*, moneda de plata equivalente a diez Ases) o si queda algún banco que nos lo preste a cambio de veinte años de hipoteca, (en latín, aunque viene del griego *Hypotheca*) sufrimiento y preocupación, podremos tener una casa. Un hogar, palabra que proviene del latín *Focaris*, a su vez derivado de *Focus*: fuego, ya que este es el sentido original de la palabra “Hogar”, por el fuego calentito de la chimenea.

La palabra “Palacio” por su parte y en su sentido de designar la residencia del soberano, tiene su origen en la casa que tenía el emperador Augusto y luego sus sucesores, en una de las siete colinas de Roma, la llamada desde el principio de los tiempos y por lo tanto mucho antes de Augusto, Palatina (*MonsPalatinus*) por lo que el barrio de casas existente en la colina, se llamaba Palatino. Como la casa de Augusto estaba en el Palatino, a la residencia (aumentada de tamaño por cada César) donde vivían los emperadores se le llamó *Palatium* “Palacio” y desde entonces, tanto el de Versalles como el de Invierno, como todos los del mundo, se llaman “Palacios”. De igual manera, el uso de la palabra “capital” para designar la de un estado, tiene su origen en el nombre de la colina capitolina, en cuya cumbre estaba el templo de Júpiter Óptimo Máximo, también llamado Júpiter capitolino. Para redondear la leyenda, resulta que la colina en cuestión se llamaba así porque excavando los cimientos del templo en la antigüedad de Roma, aparecieron bajo tierra varios cráneos; es decir *Capita* o cabezas, (*Caput* en singular) indicando el portento, según fue interpretado por el augur de turno (del latín *Augur*) que Roma llegaría a ser la cabeza del mundo y a la vez dándole nombre a todas las “capitales” que surgirían en todos los Estados con el paso de los siglos. Roma en genérico se decía *Urbe* y obviamente era la capital. La colina capitolina, antes de la construcción del templo y en tiempos de Rómulo, parece que se llamaba *Asylum* por haber sido destinada por el fundador de Roma como lugar de Asilo de los que acudían a la primitiva ciudad buscando refugio. Si no hubieran aparecido esas cabezas... ¿las capitales de nuestras naciones se llamarían asilos en vez de capitales? Los asilos entonces, ¿cómo se llamarían?

Por otra parte, Mansión viene de *Mansio*, que es como se llamaban las Ventas, tipo las de Don Quijote, que jalonaban las principales vías romanas a intervalos regulares. Estas *Mansionis* o Moteles de carretera contaban con servicio para las caballerías, taller de carros, salón comedor/restaurante y habitaciones comunes o individuales según el bolsillo del visitante, aunque

los autores antiguos nos indican que eran más bien de regular calidad. G. Marx, en una visita a una *Mansio*, solo que el siglo pasado, parece que dijo en una ocasión:

-¿Servicio de habitaciones? Por favor, póngame una habitación más grande.-

Volvamos a la casa. En la nuestra y según nuestros medios, seguro que tendremos un vestíbulo (*Vestibulum*), un comedor (*Triclinium*), uno o más dormitorios (*Cubiculum*), cuarto de baño (*Latrina*) y calefacción, incluso puede ser que de suelo radiante (*Hipocaustus*). Igual, igual que en la antigua Roma, en una casa bien, que además tendría otras salas que hemos perdido, como el atrio, al que ha sustituido nuestro salón y que era donde las familias con antecesores famosos, es decir que hubieran sido magistrados electos, colgaban las *Imágenes* (máscaras) de sus abuelos cónsules, igual que nosotros ponemos las fotos de nuestros mayores y de nosotros mismos, en la salita. Las casas tenían también *Tablinium* (Tal vez llamado así por contener una mesa) o despacho, donde el *Pater Familias* atendía sus negocios (o como diríamos ahora, trabajaba desde casa). Groucho Marx, también indicó que a veces dos personas en una habitación, son demasiadas:

- No mire ahora, pero en esta habitación sobra alguien... y me parece que es usted.-

Los abuelos romanos no tenían tele, ni fibra, ni Wifi, ni canal plus con toda la liga y la champions, ni siquiera Netflix... pero tenían alcantarillado y agua corriente, algo que no volvió a suceder en nuestras casas hasta bien entrado el siglo XX de nuestra era, o sea, hasta ayer mismo, cuando por fin recuperamos parte del confort que tenían nuestros antepasados de hace dos mil años. Y justo antes de que tuviéramos televisión, por cierto.

Otra habitación o espacio que tardamos siglos en recuperar, es la biblioteca, llamada casualmente *Bibliotheca*, donde todos los romanos que se considerarán cultivados, (o que querían que sus vecinos les considerarán como tales) conservaban sus colecciones de libros en cajas o en estanterías en las paredes, como hacemos ahora en las estanterías del saloncito. Vitruvio, el gran arquitecto que sirvió a Julio César y a Augusto y que escribió el tratado de arquitectura más antiguo que se conserva, llamado extrañamente: *De Architectura*, nos dejó entre otras muchas, la recomendación de que la biblioteca estuviera orientada al Este, se supone que para mejorar la luz y evitar la humedad. Cicerón, el famosísimo abogado y político del siglo I A.C. decía:

:- Si en tu casa tienes un jardín y una biblioteca, ya tienes todo lo que necesitas.-

No es por casualidad que la obra de Vitruvio se imprimiera por primera vez en 1486, a tiempo para ejercer la muchísima influencia que tuvo en toda la arquitectura del Renacimiento y en las proporciones de las obras de arte de la misma época. El archifamoso dibujo de Leonardo da Vinci: "El hombre de Vitruvio" (ese de un hombre con los brazos y piernas en aspa visto de frente) basa sus proporciones (y de ahí su nombre) en las que aparecen en los libros del fundamental arquitecto romano que había escrito su libro 1.500 años antes.

Volviendo a nuestra Roma clásica, las casas bien, podían también tener bodegas para guardar los buenos vinos y *Solarium*, que como su latino nombre indica, era un lugar destinado a tomar el sol, sana y veraniega costumbre que no repetiríamos tampoco hasta el último tercio del siglo pasado, del XX.

En las puertas de algunas casas, como podemos comprobar en las ruinas de Pompeya, había un cartel o mejor dicho un mosaico cuya inscripción nos resultará familiar y que decía como en muchas ahora: Cuidado con el Perro (*Cave Canem*). Pero además del Perro (los romanos tenían como vimos

mascotas como nosotros), la familia, como comentamos en el anterior capítulo, la formaban otros miembros, de dos y cuatro patas. Por cierto, “capítulo” se dice así por la letra mayúscula y adornada, “capitular”, principal, capital, que comenzaba cada uno cuando los libros eran códices copiados a mano en el medievo. O sea, que a través de muchos entresijos, “capítulo”, viene también de las cabezas halladas en la colina capitolina de Roma. Todos los caminos llevan al mismo sitio.

Las casas megaguays romanas tenían “Hipocausto” o calefacción por suelo radiante, que fue un invento del ingeniero romano Cayo Sergio Orata, quien según Vitruvio, en el año 80 antes de Cristo, ideó este sistema (gracias al cual se hizo millonario) que consistía en hacer circular aire caliente por un doble suelo e incluso a través de las paredes, para mantener una temperatura agradable a partir de un horno alimentado por leña. Este artilugio era muy útil tanto para los baños públicos como para las casas de los que pudieran permitírselo, pero requería una constante supervisión. Cuando el combustible (normalmente madera) se convertía en brasa, se reducía la toma de aire del sistema, para conseguir una lenta combustión que mantuviera en el interior el aire caliente. Tenemos ejemplos de ruinas de villas con hipocaustos en Italia, Francia, España, Reino Unido, Suiza, Alemania o África por ejemplo, así que parece que se usó durante varios siglos y en todas partes. Con el declive del imperio, su uso se abandonó y se calcula que, por ejemplo en la húmeda y gris Gran Bretaña no hubo calefacción central desde más o menos el año 400 de nuestra Era, hasta casi el 1900. En España, este sistema se reutilizó por los árabes para calentar los baños a los que en Al Andalus eran tan aficionados y en la vieja Castilla, a partir de este sistema, se inventó la “Gloria” que consistía en una caldera que, de manera similar al hipocausto romano, permitía la circulación de aire caliente producido por combustión lenta, a través de conductos instalados en el suelo. Evidentemente: “Estar en la gloria” dicho de una manera un poco irreverente, era estar, en un invierno castellano medieval, en un cuarto calentado de esta romana manera.

El barrio de residencia y la “urbanización” de la costa o de “la sierra” donde tener el “chaletito” eran evidentemente lo más caros y exclusivos que se pudiera permitir cada cual -igual que ocurre ahora- con la excepción de Julio César, que antes de ser nombrado Pontífice Máximo, parece que vivía de joven en la *Subura* (un barrio nada recomendable de la Roma de los abuelos, según esto). Aunque lo parezca, “suburbio” no viene del nombre de ese barrio si no de *Sub* (bajo) *Urbis* (de la ciudad), entendiéndose que Roma se fundó en la colina Palatina, que está entre el Foro y el Circo Máximo y que al extenderse e incrementar su población la ciudad se amplió bajo ésta. Así y desde entonces cualquier nuevo barrio está teóricamente “bajo” o debajo de la ciudad primitiva u original. Luego y hasta ahora por adecuación a la realidad, suburbio es cualquier barrio añadido a la ciudad original, aunque no se sitúe bajo esta, sino más bien fuera del recinto urbano.